

## La casa de mi infancia



María Cristina Estrada Hernández

La casa de la primera etapa de mi infancia es realmente un solo aroma a tierra mojada y madera recién cortada, envuelta en la inocencia de los juegos más sencillos y emocionantes de una niña de cuatro años.

Con ansias esperaba la puesta del sol para que el aroma a tierra mojada entrara por las ventanas de mi casa; esto significaba el permiso para salir y encontrarme con un montón de chiquillos y niñas que felizmente jugaban a la cuerda, a los encantados, a las cebollitas, las canicas y el remolino. No existía problema de integración: cada uno, en el orden en que iba llegando, se sumaba al juego; mientras más fuéramos, mucho más interesante se volvía.

La tranquilidad del juego estaba supervisada por las mamás de los niños, ya que precisamente esperaban el atardecer para salir a regar el frente de su casa. Era una colonia muy humilde, con pocos servicios y mínima infraestructura; no había pavimentación ni mucho menos banquetas. La tierra era parte de nuestra vida, era nuestra aliada, nuestra amiga y hasta nuestro colchón, porque si alguien caía no se descalabraba ni se producía heridas tan fuertes como las que ocasiona el pavimento.

Un pino angosto pero muy alto marcaba la entrada a mi hogar; cuando era castigada mi madre solía sacarme de la casa, pero eso, en vez de castigo, era para mí un esparcimiento; me sentaba a la escasa sombra del pino y lo contemplaba embelesada, pensando que algún día yo sería tan enorme, larga y esbelta como él. Dicen que los pinos tienen esa forma esbelta porque crecen hacia el cielo, y que las personas a las que les gustan este tipo de árboles suelen mirar más allá de su entorno.



Tan corta era mi visión y tan lejano el deseo de crecer, que me perdía en las cinco habitaciones que conformaban mi casa, una casa sumamente sencilla construida por mi padre en base a adobón y vigas de madera; era realmente mi fortaleza y mi castillo, yo veía esa casa tan enorme que siempre creí que vivía en una residencia.

Ahora que veo el terreno baldío, confirmo que su tamaño no era tan grande. Jamás se volvió a construir otra casa en ese lugar, pese a que la colonia está muy cercana al centro de la ciudad.

Cuando nos cambiamos de esa casa, a mí me colocaron arriba de los muebles y me sentía verdaderamente complacida de poder observar a las demás casas desde esa altura. También pude observar a un niño —nunca supe su nombre, pero le apodaban así: “el niño” — que me lanzaba una mirada profunda y triste, no supe por qué pero intuí que se despedía de mí no como lo hacen los amigos, sino como se despide un hombre de la mujer amada. Años más tarde supe que ese “niño” siempre estuvo enamorado de mí y entonces entendí su tristeza y su insistencia en que jugaráramos juntos.